



Hay que sudar

Una voz femenina, acompañada con música de Vivaldi, susurra melosamente que te fumigues el sobaco con desodorante de hondo sabor a pino, que te espolvorees los bajos con talco, que te curtes el mentón después del afeitado con violentas friegas de esplego, que te sujetes los riñones con un ancho cinturón de cuero, que cubras el ombligo con el escudo de una hebilla plateada, que seas verdaderamente hombre con un «slip» color violeta; y tú te fumigas el sobaco, te espolvoreas, te curtes el mentón, te vistas reglamentariamente según el anu-

cio de la voz femenina con música de Vivaldi y luego, a la caída de la tarde, te vas a un Morrison hecho un brazo de mar y no te comes una rosca. Aunque completes tu figura con ese bigote de Porfirio Díaz.

El macho, según modelo de grandes almacenes o revistas ilustradas, huele delicadamente, pero no ataca. Y uno en su modestia cree que esta sociedad en desarrollo está evaporando los valores eternos, las esencias seculares del país, entre ellas el sudor. El reclamo del sudor a sobaquillo del macho ibérico hacía maravillas en el pasado: una camiseta imperio, unos calzoncillos largos, una dentadura potente y cariada a salvo de hexaclorofe-

no, un matojo de pelo en pecho y el cabello con brillantina goteando el pescuezo pasado a maquinilla de barbero con guardapolvo: con este uniforme, el macho ibérico desde los tiempos de los Reyes Católicos ha cubierto a las hembras de la patria con el suficiente énfasis como para tener bien abastecido todos los reemplazos de quintas. Y aún le sobran fuerzas para trabajar, al margen de los papeles del Concordato, la pernada, el crimen pasional previo navajazo al contrario, el consuelo de viudas, el adulterio saltando ventanas, los revolcones de pajar y las embestidas a mozas garridas contra las tapias del cementerio municipal.

Ahora comienza uno a fumigarse el so-

baco, a espolvorearse los bajos con talco para rozaduras y de ahí se deriva lo demás: que nos quedamos sin mozos para abastecer las fábricas de Alemania, que las coladas tendidas en patio de vejeidad con bragas varoniles tienen que ser oreadas con música de Vivaldi y no con una canción de la Piquer a cargo del servicio mientras goteaban los calzoncillos del amo, que los pilares de la patria comienzan a oler a rexona, que nos quedamos sin frailes andariegos con sudor a pies y que a este paso la brava Infantería va a exigir cepillos de dientes con pasta clofrolada. Y así sucesivamente.

VICENT



SANNERS

